

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2012**

**TEMA GENERAL:
EXPERIMENTAR, DISFRUTAR Y EXPRESAR A CRISTO**

Mensaje cincuenta y siete

En Apocalipsis

(6)

**El Espíritu que habla a las iglesias,
Aquel que tiene la llave de David
y Aquel que cenará con los vencedores**

Lectura bíblica: Ap. 3:7-22

I. En Apocalipsis 2 y 3 Cristo es el Espíritu que habla a todas las iglesias:

- A. En Apocalipsis 2 y 3 el hablar del Cristo pneumático, ilimitado, siete veces intensificado y que libera la vida, a las siete iglesias al comienzo de cada epístola respectivamente (2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14), llega a ser el hablar del Espíritu vivificante, todo-inclusivo y siete veces intensificado a las siete iglesias al final de cada epístola universalmente (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22).
- B. Por consiguiente, el Cristo que habla llega a ser el Espíritu que habla, esto es, el Espíritu que habla a todas las iglesias; Cristo habla a una iglesia local en particular, y el Espíritu habla a todo el Cuerpo universalmente.
- C. Esto no sólo indica que el Espíritu es el Señor y que el Señor es el Espíritu, sino que también recalca que en la oscuridad de la degradación de la iglesia el Espíritu es de vital importancia, tal como lo indica la mención del Espíritu siete veces intensificado en 1:4.
- D. Las siete epístolas de Apocalipsis 2 y 3 son las palabras que el Señor Jesús habló, pero hoy cuando nosotros las leemos, los siete Espíritus de Dios nos hablan estas palabras en nuestro espíritu para el propósito de la economía de Dios; las palabras que el Señor habla al comienzo de cada epístola son dirigidas a determinada iglesia local, pero cuando las personas de todas las épocas las leen, dichas palabras llegan a ser lo que el Espíritu dice a todas las iglesias.
- E. Lo que el Espíritu nos habla siempre nos conduce a la infusión de Cristo; el hablar del Espíritu es la infusión de Cristo—cfr. 2 Co. 3:16-18:
 - 1. Siempre que escuchamos lo que los siete Espíritus de Dios hablan a las iglesias, de inmediato nos encontramos bajo una transfusión que es preciosa, dulce y estimable, una infusión que nos cambia, nos transforma, nos hace el material apropiado y nos edifica como parte del edificio de Dios.
 - 2. Todo lo que está destinado al lago de fuego es incinerado por las siete lámparas (Ap. 4:5), y ahora estamos bajo los siete ojos (5:6), los cuales nos infunden todo lo que Cristo es a fin de que lleguemos a ser parte de la Nueva Jerusalén.
- F. Aunque los creyentes que están en las iglesias tienen la posición correcta para oír lo que el Espíritu dice y, por tanto, fácilmente pueden tener oídos para oír, no todos ellos obedecerán fielmente Su hablar; de ahí que se haga un llamado a los vencedores.
- G. Los que tienen oídos para oír lo que el Espíritu dice a las iglesias, deben oír, y los que oigan serán vencedores:

1. El Señor siempre quiere abrir nuestros oídos para que escuchemos Su voz y podamos ver las cosas conforme a Su economía—Job 33:14-16; Is. 50:4-5; Éx. 21:6.
 2. Los oídos endurecidos necesitan ser circuncidados—Jer. 6:10; Hch. 7:51.
 3. Los oídos de los pecadores necesitan ser limpiados con la sangre redentora y ungidos con el Espíritu—Lv. 14:14, 17, 28.
 4. Para servir al Señor como sacerdotes, es necesario que nuestros oídos sean lavados con la sangre redentora—Éx. 29:20; Lv. 8:23-24.
 5. Mientras el Espíritu habla a las iglesias, todos necesitamos oídos abiertos, circuncidados, lavados y ungidos para oír lo que el Espíritu dice.
- H. El hablar del Espíritu es acerca de siete clases de iglesias que han existido en la historia de la iglesia: la iglesia primitiva (Éfeso), la iglesia sufriente (Esmirna), la iglesia mundana (Pérgamo), la iglesia apóstata (Tiatira), la iglesia reformada (Sardis), la iglesia recobrada (Filadelfia), y la iglesia recobrada que se degradó (Laodicea):
1. Las últimas cuatro clases de iglesias permanecerán hasta la venida del Señor.
 2. Sin duda, sólo la iglesia recobrada puede cumplir el propósito eterno de Dios, y sólo ella satisface el deseo del Señor; debemos aceptar lo que el Señor escoge.
 3. Laodicea es una Filadelfia distorsionada, cuyas características son la tibieza y la arrogancia espiritual—Ap. 3:14-17:
 - a. Laodicea significa saberlo todo, pero en realidad no ser fervientes en nada; en nombre, ella lo posee todo, pero es incapaz de sacrificar su vida por algo; recuerda su antigua gloria, pero se olvida de su estado actual delante de Dios.
 - b. Si queremos continuar en la senda de Filadelfia, debemos acordarnos de humillarnos delante de Dios—cfr. vs. 7-22; Is. 57:15; 66:1-2.

II. En la iglesia recobrada (Filadelfia), vemos a Cristo como Aquel sobre cuyo hombro ha sido puesta la llave de (la casa del tesoro de) la casa de Dios (tipificada por la casa de David con miras a la edificación del reino de Dios)—22:22; Ap. 3:7:

- A. Para la iglesia recobrada, Cristo es Aquel que tiene la llave de David, la llave del reino, con autoridad para abrir y cerrar; el Señor le ha abierto una puerta a la iglesia recobrada que está en unanimidad, la cual nadie puede cerrar—v. 8; cfr. Sal. 133.
- B. La llave de David nos abre la puerta para que seamos transformados en una piedrecita blanca y seamos edificados en la casa de Dios como una columna con el nombre de Dios, el nombre de la Nueva Jerusalén y el nuevo nombre del Señor—Ap. 2:17; 3:12:
 1. Humanamente es imposible que seamos edificados en Dios, lleguemos a ser constituyentes de la Nueva Jerusalén y lleguemos a ser parte del nuevo Cristo, pero la ley del Espíritu de vida en nosotros contiene un elemento que vence toda imposibilidad—Ro. 8:2; Ap. 3:7-13; cfr. Gn. 28:12-19; Jn. 1:51.
 2. Cristo tiene la llave que controla la puerta de la casa del tesoro de Dios, en el cual está las riquezas de Dios en Cristo para nuestro disfrute; nosotros hemos experimentado el que Él nos conceda o niegue el acceso a dichas riquezas—Ef. 4:30; 1 Ts. 5:17; 1 Jn. 1:7, 9:
 - a. Si queremos disfrutar Sus riquezas como el tesoro, debemos permanecer en contacto con el Señor, manteniéndonos en contacto con Él según el sentir de vida, a fin de ser pobres en espíritu y puros de corazón—2 Co. 2:10; Ro. 8:6; 10:12-13; Col. 3:16; Mt. 5:3, 8.
 - b. Si queremos disfrutar Sus riquezas como el tesoro, debemos aprender a ejercitar las llaves de negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y perder la vida de nuestra alma; todos nosotros somos “Sebnas” que necesitan ser despedidos y reemplazados con Cristo, a fin de que Él sea el todo en nosotros y para nosotros y lo haga todo por medio de nosotros y para nosotros—Is. 22:15-19; Mt. 16:24-25.

III. En la iglesia recobrada que se degradó, vemos a Cristo como Aquel que cenará con los vencedores y les dará que se sienten con Él en Su trono, así como Él venció y se sentó con Su Padre en Su trono—Ap. 3:20-21:

- A. “He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”—v. 20:
1. Esta puerta no es la puerta de los corazones de individuos sino la puerta de la iglesia; el Señor como Cabeza de la iglesia está fuera de la iglesia degradada, llamando a la puerta.
 2. Aunque esta puerta es la puerta de la iglesia, es abierta por los creyentes individualmente; la iglesia en Laodicea tiene conocimiento pero no tiene la presencia del Señor.
 3. A los ojos del Señor la iglesia degradada es (1) desventurada, porque se enorgullece de ser rica en el vano conocimiento de la doctrina, pero de hecho es lamentablemente pobre en la experiencia de las riquezas de Cristo; (2) miserable, porque está desnuda, ciega y llena de vergüenza y oscuridad; (3) pobre, porque carece de la experiencia de Cristo y de la realidad espiritual de la economía de Dios; (4) ciega, porque carece de verdadera percepción espiritual en los asuntos espirituales genuinos y (5) desnuda, porque no vive por Cristo ni vive a Cristo como su justicia subjetiva, que es la segunda vestidura en su andar diario—vs. 15-17; cfr. Sal. 45:1, 9-14.
 4. El Señor está llamando a toda la iglesia, pero la aceptación del llamamiento del Señor debe ser un asunto personal y subjetivo.
 5. Cenar con el Señor no se refiere simplemente a comer algo, sino a comer de la abundancia de un banquete; esto tal vez implica el cumplimiento del tipo de cómo los hijos de Israel comían del rico producto de la buena tierra de Canaán—Jos. 5:10-12.
 6. Por medio de nuestro disfrute de Cristo como el árbol de la vida, el maná escondido y el banquete, nosotros nos mezclaremos con Él en nuestra constitución hasta ser una sola entidad, a fin de expresarlo como la Nueva Jerusalén—Ap. 2:7, 17; 3:20.
- B. “Al que venza, le daré que se siente conmigo en Mi trono, como Yo también he vencido, y me he sentado con Mi Padre en Su trono”—v. 21:
1. Sentarse con el Señor en Su trono será un premio dado a los vencedores, a fin de que participen de la autoridad del Señor y sean reyes junto con Él al gobernar sobre toda la tierra en el reino milenarío venidero—Lc. 19:11-27; Mt. 25:21, 23.
 2. La intención de Dios es forjarse en el hombre y trabajar en él a fin de que el hombre pueda estar en el trono; Su deseo es hacernos personas que corresponden al trono—Ap. 2:26-27; 3:21; 22:5; cfr. Is. 14:12-14.
 3. Mediante Su crucifixión, resurrección y ascensión, el Señor Jesús fue llevado al trono; un hombre verdadero, cuyo nombre es Jesús, está en el trono (Ez. 1:26); hoy en día el Señor del cielo y de la tierra, el Señor del universo, es un hombre; es por ello que declaramos: “Jesús es Señor”, y es por ello que invocamos: “Oh, Señor Jesús”.
 4. El Señor Jesús fue delante de nosotros al trono; Él fue el Pionero, el Precursor (He. 6:20; 2:6-9), quien abrió el camino al trono; Él ha abierto el camino y ha ido delante de nosotros para que lo sigamos (vs. 10-12).
 5. Nosotros ahora vamos camino hacia el trono, pues Dios desea introducirnos en la gloria y hacernos sentar en el trono; Dios desea manifestarse por medio del hombre, y por medio del hombre desea reinar, ejercer Su administración; la intención de Dios es echar por tierra a Satanás y redimir a los que fueron tomados cautivos por él y llevarlos a Su trono.
 6. Nosotros fuimos llamados para ser hijos de Dios, y nuestro destino es ser reyes, pero necesitamos que Dios realice una obra en nosotros y sobre nosotros para que seamos hechos aptos para el reinado—Ro. 5:17, 21; cfr. Ez. 1:22, 26; Mt. 8:9.